

II : EL DESTINO MANIFIESTO

*Bajo el sol del trópico en el luciente día
Los fundadores del Imperio emprenden su gloriosa vía:*

.....

*¡Pasad, constructores de naciones! ¡Adelante ahora!
¡Toda la Tierra sabrá vuestro triunfo en esta hora!*

*Lady Emmeline Stuart Wortley.
A los Americanos que Cruzan el Istmo.
[traducción de Mario Cajina-Vega]*

*Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!*

Rubén Darío. A Roosevelt.

4. El Coloso del Norte

El panorama político de los Estados Unidos en 1845 era radicalmente distinto a lo que Walker había visto en Europa.

Las trece colonias inglesas que en 1776 habían iniciado el experimento de un gobierno republicano en la costa atlántica del continente, al aproximarse a los setenta años de vida independiente continuaban la expansión hacia el oeste que las caracterizó desde un principio. A los territorios recibidos de Gran Bretaña habían agregado la vasta extensión de la Luisiana francesa, comprada a Napoleón en 1803, y enseguida la Florida, adquirida de España en dos tantos.

Su población de dos y medio millones de habitantes en 1776, se había multiplicado a veinte millones para 1845. La inmigración europea ese año pasó de cien mil, y en la siguiente década alcanzaría cifras arriba de medio millón anuales. El gobierno vendía las inagotables tierras vírgenes a \$1,25 el acre, al crédito, a quienes desearan trabajarlas.

La producción agrícola y las actividades comerciales ascendían sin cesar mientras la incipiente revolución industrial sentaba las bases para el futuro. Millares de millas de líneas ferroviarias seguían alargándose, tupiendo las redes entre las ciudades. Más y más vapores surcaban los ríos y los canales artificiales. El tonelaje de la marina mercante se acrecentó diez veces en menos de 30 años. El telégrafo comenzó a transmitir el pensamiento a la velocidad de la luz.

El arado de vertedera, las cosechadoras McCormick, el

uso de la anestesia en cirugía, la máquina de coser, el talar mecánico, la hielera, la cocina de hierro, los revólveres Colt y las miles de herramientas que facilitaban toda clase de labores, revolucionaron la faz del país a la vez que se forjaba el típico pionero individualista norteamericano --producto de la interacción de la herencia y el medio ambiente, ambos variados y complejos.

Sin embargo, el horizonte continental entero --la sensación de amplitud, la invitación a la movilidad, la atmósfera de independencia, los estímulos para la gente emprendedora y optimista, produjeron un norteamericano homogéneo. Su retrato lo brinda Henry Steele Commager en *The American Mind* (La Mente Americana):¹

El norteamericano era un optimista incurable; para él, el progreso no era una idea filosófica sino una experiencia cotidiana. Ninguna nación en la historia había tenido el éxito de su "América", y todos los "americanos" lo sabían. En ninguna otra parte del mundo había sido la naturaleza a la vez tan rica y pródiga, y sus riquezas estaban al alcance de todo aquél que se esforzara en conseguirlas y tuviera la suerte de ser blanco.

El norteamericano vivía en el futuro, preocupándose poco por lo que el día de hoy traería pero mucho por los sueños --y ganancias-- del mañana. Junto con su optimismo albergaba una sensación de poder y vastas reservas de energía, mientras que su imaginación vagaba por todo un continente, receptiva a los grandes planes y heroicas especulaciones.

El norteamericano predicaba el evangelio del trabajo arduo, daba por sentada la comodidad y consideraba inferiores a quienes no alcanzaban su nivel de vida. Había obtenido un bienestar general superior al de cualquiera otra parte del mundo. Se había acostumbrado a la prosperidad, le molestaba todo lo que interfiriera con ella y veía su ausencia

¹Henry Steele Commager, *The American Mind*, (New Haven: Yale University Press, 1950), p. 3.

prolongada como un ultraje a la naturaleza. Automáticamente miraba como bueno todo lo que prometiera un aumento de riqueza.

El norteamericano era intensamente práctico en casi todos los campos, mas no en todos. Era incesantemente ingenioso y fértil en recursos, siempre listo a improvisar nuevas herramientas y técnicas para resolver nuevos problemas --nunca más feliz que cuando les encontraba soluciones mecánicas. Fue de los primeros en concederle a la tecnología su lugar en la educación superior. Al norteamericano le fastidiaban las teorías y especulaciones, y rehuía las filosofías abstrusas de gobierno y conducta al igual que una persona sana evita tomar medicinas.

El norteamericano era un utilitario incurable. Era más bien creyente que devoto. La santidad no era la cualidad más conspicua de sus líderes religiosos, y obstinadamente oponía su fe en la salvación por sus obras a la doctrina de la salvación por la gracia. También desconflaba profundamente de lo abstracto y doctrinario en política. Sus partidos políticos eran organizaciones pragmáticas a las que podía engancharle principios misceláneos, y no principios sobre los cuales habría que construir organizaciones.

Plenamente dedicado a su vida en el Nuevo Mundo y extasiado con sus riquezas y recompensas, el norteamericano albergaba la convicción incuestionable y ciega de que su patria era el mejor país del globo. Para el norteamericano, su tierra inculta era de hecho suficiente paraíso. Para él, la superioridad moral de su patria era igualmente axiomática. Esta actitud de superioridad iba acompañada de la idea de destino y misión, y generaciones sucesivas rivalizaron en el ahínco con que se empeñaban en difundir el ideario "americano" por el mundo.

Su actitud hacia la cultura era a la vez recelosa e indulgente. Por lo general, exigía que la cultura sirviera para algo útil. La educación era para él una religión, y a ella le pagó el tributo de su dinero y afecto; esperaba que la educación preparara para la vida --con lo cual quería decir, cada vez más empleos y profesiones.

Ese norteamericano descrito por Commager, forjó al Coloso del Norte, donde el progreso explotó exuberante en todas direcciones. La fundación de la Academia Naval en Annapolis en 1845, las primeras reglas del beisbol, la Institución Smithsonian, la Brook Farm y demás experimentos socialistas bajo las normas de Fourier, los mormones de Brigham Young, las innumerables ligas antialcohólicas, las organizaciones y convenciones en defensa de los derechos de la mujer, más de cincuenta sociedades antiesclavistas, el periódico *Liberator* de William Lloyd Garrison, con su lema "nuestra patria es el mundo--nuestros compatriotas son la humanidad", las 36.000 iglesias censadas en el Sexto Censo Nacional de 1850, los 78 millones de ejemplares de revistas literarias, 5 millones de ejemplares de revistas científicas y 30 millones de ejemplares de publicaciones religiosas cada año, pintan un cuadro caleidoscópico de progreso que no se puede valorar en dólares y centavos.

La triste situación de los dos grandes grupos minoritarios del país --los indios y los negros, tampoco se puede medir en cifras.

El indio norteamericano permanecía aislado de la civilización anglosajona en 1845. Los pobladores ingleses del siglo XVII establecieron sus comunidades separadas de los 250.000 aborígenes que residían al este del Mississippi, cuya densidad de población no llegaba a un habitante por cada diez kilómetros cuadrados de territorio y cuyas costumbres primitivas, heredadas de sus antepasados, los ponían en gran desventaja en sus relaciones con el hombre blanco.

Al expandirse, los enclaves europeos desplazaban a los indios, a veces por medio de convenios formales, pero también a menudo por la fuerza. Sirva de ejemplo el decreto del 28 de mayo de 1830, que en menos de diez años acabó de expulsar a las tribus indígenas de Georgia y otros Estados vecinos --aproximadamente cien mil seres humanos-- y los trasladó a las soledades de Oklahoma en la antigua Luisiana, al oeste del Mississippi. En ese sendero de lágrimas, los bravos que opusieron resistencia cayeron asesinados; otros parecieron, víctimas de epidemias y los sobrevivientes sufrieron innume-

rables penalidades, frecuentemente agravadas por las injusticias de los agentes federales.

Pero aun los sufrimientos de los pieles rojas en 1845 palidecen ante la atroz suerte de los tres millones de negros en los Estados Unidos, casi todos ellos esclavos desde antes de nacer, sin derechos civiles, sin educación y sin derecho al respeto de sus lazos familiares.

Cuando las trece colonias inglesas declararon su Independencia en 1776, la esclavitud africana era una institución legal no sólo en todo el continente americano sino también en todo el mundo, y la trata de esclavos que los africanos mismos comenzaron y los europeos del siglo XVI introdujeron en América, era un negocio floreciente y lucrativo.

Los primeros negros norteamericanos fueron introducidos, en Virginia, en 1619; su número sumaba ya 700.000 cuando los trece Estados originales de la Unión prohibieron la trata de esclavos a raíz de la Independencia, poniendo así fin a la importación de africanos. Massachusetts, Pennsylvania y los demás Estados nortños, donde la esclavitud no era rentable y había pocos negros, inmediatamente abolleron la servidumbre forzosa. En los Estados sureños se permitió que continuara, pues la cantidad de negros (658.000) era grande y su liberación masiva habría sido catastrófica para el orden socio-económico existente.

La desmotadora de algodón --un cilindro de madera rodeado de hileras de finas púas aptas para quitarle la semilla a la fibra corta del algodón de tierra alta-- inventada por Eli Whitney en 1793, aceleró el proceso del desmote, de seis libras diario a mil. Ello generó una gran demanda para la variedad de fibra corta y abrió extensas zonas del Interior a su cultivo, consolidando así a la esclavitud como elemento integral indispensable en la sociedad sureña.

La producción de algodón se multiplicó cien veces en la última década del siglo XVIII. Las exportaciones subieron de 1.890 quintales en 1791 a 210.000 quintales en 1801, y luego se duplicaron de nuevo en menos de tres años. El "Ray Algodón" reinó supremo en el Sur, irremisiblemente encadenando con mayor fuerza a los esclavos. Mientras inicialmente

los caballeros sureños deploraban su *institución peculiar* como un mal inevitable, con el paso del tiempo y el desarrollo del algodón, la esclavitud llegó a ser tan indispensable que ya muchos no la veían mala.

El crecimiento nacional se desequilibró. Los Estados libres tenían dos millones de habitantes (1,9 millones blancos) en 1790; los Estados esclavistas también tenían dos millones (1,3 millones blancos). Para 1820 el Norte había aumentado a 5,2 millones (5 millones blancos) y el Sur a 4,5 millones (2,8 millones blancos). Treinta años más tarde, el Norte saltaba a 13,4 millones (13,2 millones blancos) mientras el Sur llegaba apenas a 9,6 millones (6,2 millones blancos). La diferencia se debió en gran parte a que los inmigrantes europeos abrumadoramente preferían radicarse en los Estados libres.

La producción agrícola, que al comienzo era mayor en el Sur, para 1840 se había revertido: 285 a 279 millones de dólares en favor del Norte, y diez años después la diferencia era ya de \$859 millones en los Estados libres contra \$631 en los esclavistas. Ello, a pesar de la mayor extensión de las fincas sureñas: 180 millones de acres contra solamente 108 millones en el Norte. Mientras las fincas norteñas ocupaban 2,5 millones de brazos, las sureñas requerían 3,7 millones, incluyendo 2,5 millones de esclavos --que producían \$7,94 contra \$3,49 por acre y \$342 contra \$171 por trabajador, ambas estadísticas en favor del Norte.

La expansión Industrial abrió una brecha aún mayor. En 1820, la producción industrial de los Estados libres ascendió a \$32 millones; en los Estados esclavistas, a \$20 millones. En 1840, las cifras fueron \$375 y \$106 millones respectivamente. En 1850 la producción Industrial del Norte subió a \$843 millones y la del Sur se quedó en \$165 millones.

El censo de 1850 abunda en cifras que revelan enormes diferencias en prácticamente todos los campos. Las estadísticas de comercio interno muestran \$1,4 millones para el Norte y \$0,4 millones para el Sur. El tonelaje registrado de navegación costera, lacustre y fluvial, 1,5 y 0,5 millones de toneladas; marina mercante, 1,33 y 0,25 millones de toneladas; vías férreas, 13.105 y 4.212 millas, todas estas cifras en favor

de los Estados libres.

Ese año, 47.752 alumnos se matricularon en 61 universidades en el Norte; 19.648 alumnos se matricularon en 59 universidades en el Sur. En el Norte, 2.769.201 niños estudiaron en 62.433 escuelas públicas; en el Sur, la cifra fue de 581.861 niños en 18.507 escuelas. En los Estados libres, 15.000 bibliotecas tenían cuatro millones de volúmenes; en los Estados esclavistas, 700 bibliotecas tenían 650.000. En los norteros, 1,790 periódicos y revistas publicaron 334 millones de ejemplares en 1850; en los sureños, 784 sacaron 81 millones.

Casi la única estadística que favoreció al Sur ese año fue la de las exportaciones (\$81,1 a \$70,7 millones), naturalmente debido al algodón, cuya expansión había alterado totalmente la forma de vestir en el mundo occidental, desplazando a la lana y demás fibras, llegando eventualmente a generar dos tercios de las exportaciones norteamericanas.

La producción de algodón había continuado ascendiendo y sentando nuevos récords, saltando a 16 millones de quintales en 1820 y luego a 32, 70, 100 y 230 millones de quintales anuales en cada una de las siguientes décadas. En 1850, cuando todavía no existían tractores, más de la mitad de los esclavos sureños laboraban en los algodones. La siembra del algodón, que había comenzado en Georgia y South Carolina, tras atravesar Alabama y Mississippi había penetrado en la antigua Luisiana francesa para enseguida extenderse sobre las llanuras tejanas. El algodón fue dejando atrás miles y miles de hectáreas de suelos agotados por las ruinosas prácticas agrícolas de la época. Teniendo a mano tierras vírgenes aparentemente inagotables, no había interés en aplicar métodos científicos para la conservación del suelo; y a medida que las plantaciones de Georgia y Carolina una tras otra dejaban de producir, las inmensas praderas deshabitadas de Texas atraían a los finqueros sureños con sus esclavos.

Ese impulso expansionista de los intereses algodones sureños y, claro está, la creciente preponderancia demográfica y económica de los Estados libres, necesariamente rompieron

el equilibrio político, originando reajustes sucesivos en un esfuerzo por mantener el precario balance de poder entre el Norte y el Sur. El primer reajuste político importante ocurrió en 1819-20 cuando Missouri, que pertenecía a la Luisiana, solicitó su admisión como Estado de la Unión. La constitución adoptada por Missouri, bajo la influencia de los finqueros sureños dentro de sus fronteras, permitía la esclavitud.

La Unión entonces contaba con 22 Estados, la mitad de ellos libres y la otra mitad esclavistas, dándole a cada bando 22 senadores en Washington, dos por cada Estado. Los once Estados nortños o libres, situados entre los 37° y 47° de latitud norte, eran Connecticut, Illinois, Indiana, Massachusetts, New Hampshire, New Jersey, New York, Ohio, Pennsylvania, Rhode Island y Vermont. Los once Estados esclavistas sureños, situados entre los 29° y 40°, eran Alabama, Delaware, Georgia, Kentucky, Louisiana, Maryland, Mississippi, North Carolina, South Carolina, Tennessee y Virginia.

La posición de Missouri, entre los 36°30' y 40°, era intermedia, y los nortños inicialmente rehusaron admitir al nuevo miembro del bloque esclavista. Las tensiones en juego de los intereses creados de ambos bandos condujeron a que el Congreso en Washington aprobara el "Pacto de Missouri" en 1820, por el cual se pareó la admisión del nuevo Estado esclavista con un nuevo Estado libre, Maine, segregado de Massachusetts. Además, se prohibió la esclavitud en los territorios bajo control federal al norte del paralelo 36°30'. El pacto produjo un intervalo de relativa coexistencia pacífica durante el cual se admitieron dos Estados esclavistas adicionales, Arkansas (1836) y Florida (1845), pareándolos con los Estados libres de Michigan (1837) y Iowa (1846).

En 1845, el Territorio de Oklahoma era la única comarca federal debajo del paralelo 36°30' disponible para formar Estados esclavistas. Arriba de dicho paralelo, por el contrario, las vastas regiones que luego formarían Wisconsin, Minnesota, Kansas, Colorado, Nebraska, Wyoming, North Dakota, South Dakota y Montana, además del todavía impreciso territorio de Oregon entonces en litigio entre Estados Unidos y Gran

Bretaña, eran todos Estados libres en potencia que eventualmente otorgarían al Norte una supremacía abrumadora en ambas cámaras en Washington.

Bajo esas circunstancias, la República de Texas, recién segregada de México, solicitó ser admitida en la Unión como Estado esclavista, exacerbando de nuevo las tensiones entre el Norte y el Sur. Antes de abordar la cuestión de Texas, sin embargo, debemos echar una mirada a los vecinos al sur del Río Bravo, de quienes Texas había sido parte.

5. Al sur de la frontera

En 1845, un cuarto de siglo después de independizarse de España, el panorama político en Hispanoamérica contrastaba fuertemente con el de Estados Unidos.

La Gran Colombia, ya fragmentada en Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, era el escenario de luchas intestinas: las contiendas partidistas, activas o latentes, continuaban incasantes en Nueva Granada después de la guerra civil de 1840-42. En Ecuador llegaba a su fin la dictadura del general venezolano Juan José Flores (1831-35 y 1839-45). El General se había mantenido en el poder cambiando la constitución ecuatoriana a su antojo hasta que fue depuesto y desterrado. En Venezuela, el *caudillo* de turno era el general José Antonio Páez, quien tomó las riendas en 1831 y gobernó, personalmente o por medio de títeres, hasta 1846 cuando su protegido José Tadeo Monagas se le volteó y lo exilió.

Perú caía bajo la bota del general Ramón Castilla (1845-51 y 1855-62) tras haber sufrido una serie de revoluciones. Bolivia, bajo la del general José Ballivián, instalado por las armas, y otra revuelta le sucedería al dejar el poder en 1848. En Chile, el general Manuel Bulnes (1841-51) gozaba de poderes dictatoriales.

En Argentina, el dictador Juan Manuel de Rosas (1829-52) mandaba con desmán y terror. Se estima que su policía secreta, *La Mazorca*, asesinó a más de 15.000 opositores, cosechando para Rosas el apodo de *Luis XI criollo*, "*El Terrible*". En Paraguay el pueblo tenía su segundo dictador, Carlos Antonio López (1840-62), quien en 1845 libró una guerra con Argentina. El déspota anterior, doctor Gaspar

Rodríguez Francia, había sido *El Supremo* por un cuarto de siglo (1814-1840). En 1845 Uruguay sufría una guerra civil de nueve años (1843-51), en la que el partido *Colorado* del ex-presidente Fructuoso Rivera y el *Blanco* del ex-presidente Manuel Oribe se disputaban el poder.

Brasil tenía emperador, Dom Pedro II. Alaska pertenecía al Zar de Rusia. Panamá era apéndice de Nueva Granada. Cuba y Puerto Rico eran posesiones de España. Canadá y Jamaica, colonias de Inglaterra. La Isla Hispaniola, único pedazo de tierra independiente en las Indias Occidentales, era el escenario de sucesivos baños de sangre que comenzaron con la Insurrección de los esclavos en Haití en 1791.

Centroamérica en 1845 era también teatro de crueles luchas intestinas. Descollaba Nicaragua, asolada por una interminable guerra civil e invadida por los ejércitos de El Salvador y Honduras. En Guatemala gobernaba el general Rafael Carrera, que aunque analfabeta, continuó de *Presidente Perpetuo de la República* hasta su muerte veinte años más tarde.

En 1845, México era también desgarrado por fuerzas internas turbulentas. Durante los primeros 55 años de vida independiente (1821-1876), la nación azteca tuvo no menos de 74 gobiernos. En sólo la década anterior a 1846, tuvo quince presidentes de la república y doce revoluciones.

A comienzos del siglo XIX, México era más grande que los Estados Unidos tanto en extensión territorial como en población. Al independizarse de España en 1821, México medía más de cuatro millones de kilómetros cuadrados, aproximadamente el área de los Estados Unidos después de adquirir la Luisiana y Florida. Pero mientras la población norteamericana saltaba de 5 a 23 millones en la primera mitad del siglo, la de México se estancó entre 6 y 7 millones de habitantes.

País de montañas abruptas y hondas cañadas, México no tenía más vías de comunicación en su inmenso territorio que las sendas de los indios, seguidas después por los caballos de los conquistadores y más tarde por las acémilas del penoso tráfico mercantil. Apenas si en las postrimerías de su mando, el gobierno virreinal llegó a dar cima, con la

ayuda de los esfuerzos privados, al camino carretero para Veracruz y a otro para Toluca.

Las vías de comunicación, tan urgentes en el país montañoso, no adelantaron nada durante los largos años de revoluciones continuas; por el contrario, las operaciones militares aconsejaban muchas veces su obstrucción, y lo que un ejército destruía en pocas horas no se reparaba en mucho tiempo.

En 1832 los productos del correo eran menores que en 1808. Aunque el primer contrato para la construcción del ferrocarril de Veracruz a México se hizo en 1837, para 1850 ni un solo silbido de locomotora había aún despertado las energías dormidas de la nación y ni una sola señal telegráfica había roto su silencio.

Numerosos impuestos maniataban al comercio. A los derechos de importación se añadían los derechos adicionales llamados municipales, de mejoras, de contrarresguardo, de internación y de amortización, a la vez que se pagaban en los puertos los de toneladas, muelle, aguaje, practicaje, capitania, sanidad y otros que se mudaban y restablecían de un gobierno al siguiente. Un observador norteamericano comentó esta situación, diciendo: "El libre comercio resulta tan odioso para el mexicano, que ni siquiera lo tolera entre los diversos Estados de la república".¹

La yarda de manta que en Nueva York valía diez centavos, en la capital mexicana costaba setenta. Naturalmente, floreció el contrabando. El historiador mexicano Don Emilio Rabasa examina estos y otros aspectos del problema en *La Evolución Histórica de México*, donde explica la ruina económica de la nación:

En los once años que duró la guerra de independencia, debían venir, con el desorden y el aumento de gas-

¹ Albert C. Ramsey, Col. U.S. Army. "Field Notes -- Statistics, Observations, and Thoughts on the Civil Condition of Mexico", *New York Herald*, 14/2/1848, p. 1, c. 4.

tos, el empobrecimiento de las rentas y la inmoralidad en su recaudación. El trabajo abandonado en las minas y en la agricultura por los hombres que seguían a los rebeldes o eran requeridos por el Gobierno; el tráfico interrumpido por los riesgos del campo; la inseguridad en las poblaciones, siempre amenazadas por los combatientes y agitadas por el sentimiento insurreccional; todo contribuyó a reducir la producción y con ella los ingresos habituales, hasta llegar éstos a cifras muy bajas.

Para compensar la reducción, se apeló, como sucede siempre, al aumento de cuotas; el aumento inspiró la idea del contrabando en las alcabalas, en la exportación de metales y en los comercios prohibidos; y con el contrabando vino la venalidad de los agentes del fisco, a quienes la situación revuelta dejaba libres de la vigilancia superior y comunicaba el espíritu de rebeldía, de codicia y de licencia, que parecen derramar y propagar en los servicios públicos todas las revoluciones populares.

En once años todo se contaminó y el mal se hizo crónico; el impuesto inconsiderado fue familiar al poder; el fraude fiscal se ejerció como una costumbre por el contribuyente; la colusión y la venalidad del empleado perdieron su repugnancia moral; y todos juntos hicieron y fundaron el empobrecimiento del país y el abatimiento del trabajo.

No era esto sólo. Para completar el acervo de vicios, transformados en hábitos, que había de legarse a la generación nueva, directora de la nación liberada, el gobierno virreinal dio el ejemplo del préstamo forzoso, en nombre del orden, y los insurgentes el de la confiscación, en nombre de la libertad; aquél enseñó la venta a bajo precio de las rentas públicas, buscando disculpa en la salvación del reino, y éstos emitieron moneda sin valor, escudados en la necesidad de la independencia.

El acopio de ideas falsas sobre materias económicas, el concepto erróneo de lo que la libertad era capaz de

producir en país que se soñaba inmensamente rico, y la falta de tradiciones administrativas que demarcaran un camino siquiera de prudente exploración, eran un conjunto de condiciones que determinaban la proclividad más segura para el desacierto....

El contribuyente, vejado por todos, odiaba y despreciaba igualmente al Gobierno, agiotistas y empleados. La prensa que seguía a cada revolución triunfante, combatía los impuestos del Gobierno anterior, condenándolos como injustos o atentatorios; y renovándose en cada cambio político, los atacaba a todos y los hacía odiosos sin excepción, enseñando, en resumen, al contribuyente, que todos los impuestos eran inicuos, que él tenía un natural derecho a la resistencia, y que todo fraude a la hacienda pública era un acto moral de defensa.²

La pobreza caracterizó al erario mexicano desde un comienzo. En 1821 México inició su carrera de nación independiente con una deuda interna de treinta y cinco millones de pesos. Instantáneamente requirió una inyección de veintisiete millones de dólares prestados por banqueros londinenses, pero la situación irremisiblemente empeoró a medida que las revoluciones, los intereses y los nuevos préstamos se acumulaban unos sobre otros. Los ingresos del gobierno nunca eran suficientes para atender los gastos administrativos, cerrando toda posibilidad para siquiera pensar en obras de progreso.

La instrucción popular no existió ni durante la dominación española ni durante la Independencia. Los Estados, en mayor pobreza que el Gobierno federal, la descuidaban por completo en sus territorios. Las escuelas privadas reunían algunos alumnos en cada población de cierta importancia, y en 1822 Joseph Lancaster emprendió la propagación de su sistema de enseñanza mutua en la capital, pero nunca alcanzó

² Emilio Rabasa, *La Evolución Histórica de México*, (México: Editorial Porrúa, S.A. 1972), pp. 67-73.

los recursos que necesitaba y que el erario público no podía darle.

La Instrucción primaria casi sólo se dio por las congregaciones religiosas en escuelas generalmente anexas a los conventos. Las pocas que siempre hubo --al concluir el siglo XVIII, Revillagigedo decía no haber en toda la Nueva España [México] más que once escuelas-- limitaban la enseñanza a la lectura y escritura, religión y trabajos manuales. Los colegios superiores de los jesuitas --antes de su expulsión por Carlos III en 1767-- sólo añadían el latín y discusiones de Metafísica. Las universidades de México y Guadalajara, fundadas en el siglo XVI, enseñaban Teología, Leyes y Medicina, y los seminarios fundados a fines del siglo XVII, Teología y Leyes.

Las reformas liberales de 1833 establecieron la educación laica, terminaron la recolección de diezmos por el estado y le dieron a éste el derecho de nombrar autoridades religiosas, pero en 1845 la Iglesia católica todavía gozaba de un enorme poder político en México. Lo continuó ejerciendo idéntico hasta que Benito Juárez en 1859 suprimió las órdenes religiosas, nacionalizó los bienes de la Iglesia (cuyo valor se calculaba superior a 125 millones de dólares, sin incluir Iglesias, monasterios, escuelas, hospitales, bibliotecas y obras de arte), estableció el matrimonio civil, secularizó los cementerios --es decir, separó a la Iglesia del estado y la privó de recursos.

Rabasa analiza el poder político de la jerarquía católica en México, diciendo:

Desde que la independencia se realiza, aparecen espontáneamente exhibidas las dos tendencias de avance y de retroceso: la progresista, que invocando la libertad arrastra a la anarquía, y la conservadora, que con pretexto del orden pugna por la restauración del régimen caído. Esta última es fuerte por la tradición y ha de oponer una resistencia tenaz.

La tradición española había unido en secular consorcio indisoluble y estrecho, como base de su nacionalidad

y de su independencia, "el trono y el altar" y lo que la Nueva España pudo llegar a entender del gobierno monárquico, fue por la intervención de la Iglesia, que se imponía más que el rey y cuya acción se sentía en la sociedad y en los hogares.

Ni el pueblo podía comprender el gobierno sin la Iglesia, ni el clero podía comprender su función religiosa sin autoridad temporal. La Iglesia disputaba "lo suyo", con firme convicción de dueño; el gobierno, meramente civil, era un despojo de privilegios asegurados por las leyes humanas y divinas.

Para transformar el orden público era necesario vencer a los tradicionalistas y arrancar al clero del seno del Estado, romper la dualidad que para la conciencia común era unidad indiscutible. En suma, y puesto que la fuerza residía en las masas, la organización de México requería una transformación del espíritu popular en lo que tiene de más íntimo y rebelde: el sentimiento religioso.³

En 1845 el clero mexicano estaba desunido en cuestiones de política, y numerosos sacerdotes eran republicanos acérrimos, pero todos cerraban filas para defender los privilegios eclesiásticos y el poder temporal de la Iglesia ante los ataques anticlericales. El observador norteamericano Ramsey en 1848 lo expresó en la siguiente forma:

De estas consideraciones se desprende que la Iglesia tiene mayor poder e influencia en México que en ningún otro país civilizado; no obstante, su dominio raramente los ejerce con energía debido a los impedimentos que circunstancias antagónicas oponen constantemente. Fuera de aquellas cosas que afectan directamente a los intereses de la Iglesia, no hay una sola cuestión de gobierno

³ *Ibid.*, p. 264.

o política en que las opiniones de la Iglesia sean unánimes; esta falta de unidad es lo que ha impedido que usurpe los departamentos políticos de la república y que rijan los asuntos del gobierno.⁴

Como propletaria de bienes raíces en la república, la iglesia católica era la rica terrateniente, y en asuntos monetarios era el gran banquero de México. Pero "poseyendo riquezas, predicando pobreza", enfatizaba la parábola del camello por el ojo de la aguja como norma de conducta; y la supremacía católica generó en el pueblo mexicano una actitud hostil hacia los ricos. Por el contrario, en Estados Unidos prevaleció el sentimiento calvinista de que los bienes materiales son testimonio de la gracia de Dios.

Así como el pionero norteamericano miraba inferiores y dignos de lástima a sus vecinos del sur que no alcanzaban su nivel de vida, y albergaba la convicción incuestionable y ciega de que su país era el mejor del mundo, así el pueblo mexicano creía que su religión católica era la única verdadera y despreciaba y compadecía a los protestantes --es decir, a sus vecinos del norte-- como impíos y renegados irremisiblemente condenados a arder eternamente en el infierno.

Por otro lado, la creencia generalizada en el mundo occidental acerca de una supuesta inferioridad de las razas de color, y de que las mezclas raciales son todavía peores, necesariamente avivaba la animosidad entre ambas naciones, ya que el cuarenta por ciento de los mexicanos eran mestizos y otro cuarenta por ciento eran indios puros.

Rabasa cristaliza las características relevantes del temperamento mexicano, que contrastado con el norteamericano del siglo XIX de Henry Steele Commager en el capítulo anterior, ayuda a comprender el desarrollo divergente de ambas naciones. Dice Rabasa:

⁴Ramsey, "Field Notes".

... para el mexicano el terruño tiene fisonomía, lengua y alma; se pega a él, se identifica con él y lo ama como cosa de familia, de los abuelos, de los dioses que protegen.

De ese amor fetichista pasa al de su región, luego abarca con su afecto provincialista el Estado y pasa a la concepción de la patria (cuando llega a conocerla), envolviéndola, no en vanidad, que desautorizan su atraso y su historia, sino en amor que enseñó el terruño, que ensanchó el conocimiento de los pueblos hermanos y que encienden las desventuras de la patria común. Así se ha formado el patriotismo mexicano, vehemente y explosivo, sin madurez que sólo da la educación, supeditado a la codicia y a los rencores, que no ha sabido, por regla general, sacrificar la ambición, pero que nunca ha negado el sacrificio de su sangre.

El terruño en México ata al individuo y arraiga a las familias, que emigran poco; la familia se estrecha y tiene lazos que dan a los pueblos el aspecto de reunión de hogares que ha llamado la atención de varios escritores extranjeros recientes; el parentesco se conserva reconocido a muchos grados de distancia, como en las sociedades patriarcales, modelos de unión; prevalece de este modo el sentimiento sobre el impulso de acción, a la riqueza se prefiere el bienestar, un cambio de residencia dentro del propio país es sacrificio de lo más caro; la facultad productora se enerva y sólo se ejercita en lo que es posible hacer sin penas tales.⁵

A comienzos del siglo XIX, el "terruño" del mexicano era un rincón en el centro o el sur del país. Pocos osados se aventuraban a colonizar las vastas soledades del norte --los confines de Texas, Nuevo México y California-- cuya extensión combinada de dos millones de kilómetros cuadrados

⁵ Rabasa, *La Evolución Histórica de México*, p. 11.

ocupan hoy los estados de Texas, New Mexico, Arizona (al norte del Gila), Utah, Nevada, California y partes de Oklahoma, Kansas, Colorado y Wyoming.

Después de tres siglos de dominio español en el Nuevo Mundo, la provincia de Texas --más extensa que Francia-- tenía apenas tres pequeñas comunidades civilizadas denominadas San Antonio, Goliad y Nacogdoches. Contando todos los indios "domesticados", Santa Fe, Taos, Albuquerque y otras aldeas, la población total de Nuevo México sumaba treinta mil almas. Alta California (que incluía Nevada) tenía solamente siete mil personas de sangre hispana y treinta mil indios bautizados.

El mejor puerto natural del Pacífico en toda América, San Francisco, era apenas un caserío de doscientos habitantes. Sumando todas las comunidades civilizadas en los dos millones de kilómetros cuadrados de las tres provincias, se obtenía la cifra de ochenta mil almas: una densidad de población inferior a media persona por cada diez kilómetros cuadrados. Los indios "salvajes", rebeldes a la autoridad mexicana, eran cerca de trescientos mil --una pareja en cada catorce kilómetros cuadrados de territorio. Entre ellos se destacaban los apaches, comanches y otras tribus de guerreros nómadas que periódicamente asolaban los aislados bastiones de civilización hispánica.

Ansioso de estimular el progreso y proteger la frontera, en 1824 el gobierno mexicano emitió una Ley General de Colonización, otorgando predios baldíos a quienes desearan aprovecharlos, incluyendo a los extranjeros. Pero mientras siete millones de mexicanos, absortos en sus interminables contiendas civiles, devotamente se aferraban a su amado terruño en el sur del país, sus enérgicos vecinos del norte ávidamente aprovecharon la ocasión para fincarse en Texas y California. Ello ineludiblemente condujo a El Alamo en 1836 y a la guerra entre Estados Unidos y México en 1846; guerra que caló en el alma de Walker.

6. Vientos de guerra

Al independizarse de Inglaterra, los Estados Unidos deshicieron su Marina Continental, y para 1792 no tenían un solo barco de guerra. No obstante, se posesionaron de la boca del río Columbia en el Pacífico, a millares de millas de su frontera, sentando con ello la base para reclamar para sí el territorio virgen de Oregon, situado en el noroeste del continente entre la California española y la Alaska rusa. En mayo de ese año, el capitán Robert Gray del velero *Columbia*, carguero de Boston en busca de pieles para vender en la China, descubrió y navegó el río al que bautizó con el nombre de su barco. Gray tomó posesión formal del lugar, dándole a su patria una cabeza de playa en el Pacífico.

La expedición de Lewis y Clark en 1804-06, subiendo desde St. Louis por el río Missouri, abrió la ruta del *Big Medicine Trail* para los cazadores de pieles del noroeste. La ruta era de hecho una vía fluvial casi ininterrumpida desde el Océano Pacífico hasta el Golfo de México: río arriba en el Columbia desde Astoria hasta la divisoria continental, y río abajo en el Missouri y Mississippi hasta Nueva Orleans.

William Ashley, Tom Fitzpatrick, Kit Carson, Jim Bridger, William y Milton Sublette y sus compañeros cazadores y traficantes de pieles, rápidamente empujaron la frontera norteamericana hacia el oeste. William Becknell, "padre del camino de Santa Fe", inició en 1821 las caravanas del tráfico mercantil entre Missouri y Nuevo México, trocando mercancías yanquis por plata y pieles mexicanas.

Afamosos pioneros abrieron las rutas a California: Jedediah Smith, William Wolfskill y George Yount sobre el antiguo camino español en el centro; James Ohio Pattie, Sylvester Pattie, Ewing Young y Kit Carson sobre la senda del Gila en el sur; Kit Carson, John Bidwell y John C. Frémont sobre la vereda californiana del norte; y los lentos veleros por el Cabo de Hornos sumaron sus cuotas de inmigrantes anglosajones a los puertos del Pacífico. Para 1845, los residentes extranjeros en California ya sobrepasaban a los siete mil habitantes de origen hispano.

El yanqui de Connecticut Stephen F. Austin, avanzando un proyecto de su padre, Moses, consiguió una concesión mexicana en 1823 para fincar 300 familias en Texas. Otros norteamericanos, en su mayoría sureños, pronto aprovecharon diversas concesiones y enviaron a Texas cantidades de colonos, que para 1834 pasaban ya de 25.000, abrumando a los antiguos residentes de origen hispano en proporción de cuatro a uno.

En 1835, siendo Presidente de la República Antonio López de Santa Anna, el congreso mexicano aprobó una Constitución centralista denominada *Las Siete Leyes*, que convirtió los Estados en *Departamentos* con autoridades nombradas por el gobierno central. Se redujo considerablemente la representación popular: los nuevos colonos se rebelaron, y en 1836 proclamaron la Independencia de Texas.

Santa Anna atacó y triunfó en El Alamo (San Antonio) el 6 de marzo, pero los insurgentes, acaudillados por Sam Houston, ex-Gobernador de Tennessee, y reforzados por contingentes de "voluntarios" de Louisiana y otros estados vecinos, derrotaron al general mexicano en una batalla de veinte minutos junto al río San Jacinto el 21 de abril. Como resultado, en 1836 Texas se separó de México.

Texas inmediatamente legalizó la esclavitud y solicitó su admisión a los Estados Unidos. Los abolicionistas norteamericanos opusieron tenaz resistencia, alarmados ante la perspectiva de un nuevo estado esclavista del tamaño de Francia. En el Congreso, en Washington, derrotaron la propuesta de admisión, pero la nueva república de Texas fue inmediatamente

reconocida como nación independiente por los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Todos desoyeron las vehementes protestas de México.

Un pánico financiero en 1837 forzó a los bancos a suspender los pagos en oro y causó quiebras nunca antes vistas en Estados Unidos. Esa y otra crisis económica, en 1839, pusieron a las finanzas de Texas en aprietos y contribuyeron a mantener el statu quo por varios años. Pronto comenzaron a circular rumores acerca de ayuda económica inglesa para poner a Texas bajo la protección británica. Las maniobras e intrigas diplomáticas se multiplicaron entre Austin, Washington, Londres, París y México. Finalmente, la campaña electoral de 1844 en los Estados Unidos llevó el asunto a su clímax cuando el candidato demócrata James K. Polk hábilmente precipitó la admisión de Texas como estado de la Unión.

James Knox Polk (1795-1849), se distinguió como "el mejor alumno de matemáticas y los clásicos" en la Universidad de North Carolina, su estado natal. En 1820 comenzó a ejercer la abogacía en Nashville, Tennessee, donde al mismo tiempo inició su carrera política bajo el ala de su amigo íntimo Andrew Jackson. Inclaudicable defensor de los principios jacksonianos, Polk fue diputado por Tennessee en Washington de 1825 a 1839, regresando luego a Nashville al resultar electo Gobernador de Tennessee.

Cuando la Convención Demócrata lo nominó candidato a la presidencia en 1844, Polk sorprendió a la nación entera con sus posturas firmes en los dos temas candentes del momento. Mientras otros candidatos titubeaban sobre Texas, él exigía la anexión; mientras otros evadían el problema de Oregon, él abiertamente propuso un cambio drástico de política en la disputa fronteriza con Gran Bretaña. Polk soslayó la oposición abolicionista a la admisión de Texas, desviando la atención del país hacia Oregon -- dirigiendo las pasiones de sus compatriotas contra el antiguo enemigo monárquico, Inglaterra.

Los *whigs* -- el partido conservador organizado en 1834 en oposición a los demócratas de Jackson -- nominaron

a Henry Clay. Clay se oponía a la admisión de Texas a menos que se efectuara "sin dashonor, sin guerra, con el consentimiento del pueblo norteamericano y bajo términos justos y ecuanímes".¹ Su esfuerzo por resolver el problema asumiendo una postura intermedia, lo hizo perder partidarios de ambos bandos.

Los recalcitrantes antiesclavistas neoyorquinos desperdiciaron sus votos en noviembre dándoselos a James Gillespie Birney, candidato abolicionista del *Liberty Party*. Esto hizo que Polk ganara Nueva York por escasa mayoría, y la presidencia de los Estados Unidos con menos del cincuenta por ciento del voto popular.

No obstante, interpretando la elección de Polk como mandato popular para la admisión de Texas, el Congreso la autorizó a finales de febrero de 1845, por un escaso margen de 27 a 25 en el Senado y una amplia mayoría de 132 a 76 en la Cámara de Representantes. México reaccionó instantáneamente rompiendo relaciones con los Estados Unidos y reconoció tardíamente la independencia de Texas. Los tejanos prefirieron aceptar la oferta de Washington: en su Convención de Austin el 4 de julio ávidamente ratificaron la anexión.

Polk, onceavo Presidente de los Estados Unidos, tomó posesión el 4 de marzo de 1845. Durante su estadía en la Casa Blanca trabajó cerca de dieciocho horas diario, tomando solamente seis semanas de vacaciones en todos los cuatro años. Su sueño era adquirir California, es decir, los magníficos puertos de San Francisco, Monterey y San Diego antes de que Inglaterra o Francia se los quitara a México.

En 1845, Estados Unidos tenía 77 barcos de guerra dotados de 2.345 cañones; 12 de los buques estaban todavía en construcción en los astilleros. Dicha flota era substancialmente inferior a los 316 barcos y 8.782 cañones de la escuadra francesa, y ni siquiera podía compararse con los 671

¹ Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commager y William E. Leuchtenburg, *The Growth of the American Republic* (New York: Oxford University Press, 1969), p. 545.

navíos y 17.772 cañones de la armada británica.

Ambas potencias europeas expandían entonces sus Imperios en el Pacífico. Los Ingleses acababan de izar su bandera en Nueva Zelanda, anexándola a Australia en 1840. Los franceses se habían posesionado del archipiélago de las Marquesas en 1843. Cuando el gobierno mexicano de Bustamante rehusó satisfacer reclamos dudosos de súbditos franceses en 1838, la flota francesa bloqueó la costa, bombardeó la fortaleza de San Juan de Ulúa y ocupó temporalmente Veracruz. El cónsul británico en Monterey repetidamente urgió a Londres que adquiriera California, y el Ministro Inglés en México propuso la cesión de territorio californiano a Inglaterra en pago de la siempre creciente deuda mejicana.

El 15 de octubre de 1845, el Presidente de México, José Joaquín Herrera, expresó que deseaba reanudar las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, aceptando la propuesta del presidente Polk de resolver por medio de la negociación todos los asuntos en disputa entre ambas naciones. Polk rápidamente nombró a John Slidell, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos ante México. Slidell arribó a Veracruz a bordo de la corbeta *St. Mary's* el 29 de noviembre. Sus instrucciones lo autorizaban a ofrecer hasta veinticinco millones de dólares por la cesión de California a los Estados Unidos. El documento, firmado por el secretario de estado James Buchanan, detalla los temores y deseos del gobierno norteamericano respecto a California:

Por informes que hemos recibido, hay temores serios de que tanto Gran Bretaña como Francia tienen designios sobre California. La opinión de nuestro gobierno sobre este asunto, la encontrará usted en la copia que le adjunto de mi despacho del 17 de octubre recién pasado a nuestro cónsul en Monterey, Thomas O. Larkin, Esq. En dicho despacho verá usted que el gobierno de Estados Unidos no desea inmiscuirse entre México y California, pero que sí intervendrá vigorosamente para

impedir que ésta se convierta en colonia británica o francesa. ...

La posesión de la bahía y puerto de San Francisco es de suma importancia para los Estados Unidos. Las ventajas de su adquisición son para nosotros tan obvias, que sería una pérdida de tiempo enumerarlas aquí. Si éstas se voltearan en contra de nuestro país por la cesión de California a la Gran Bretaña, nuestro principal rival comercial, las consecuencias serían extremadamente desastrosas.²

Cuando Polk envió a Slidell a México, simultáneamente desató una fuerte ofensiva contra Gran Bretaña en el litigio de Oregon. En las conversaciones anteriores, Estados Unidos había propuesto dividir el territorio en el paralelo 49°, dejando la parte norte a Inglaterra, hasta la frontera de Alaska en los 54°40' de latitud. Los ingleses deseaban quedarse con más territorio: proplamente hasta el río Columbia, al sur del paralelo 49°.

En su Mensaje al Congreso el 2 de diciembre de 1845, el Presidente anunció que había perdido toda esperanza de solucionar el asunto por medio de la negociación; de hecho, las pláticas se habían roto. Estados Unidos había retirado su propuesta anterior y ahora reclamaba para sí todo el territorio de Oregon, hasta la frontera de Alaska en el paralelo 54°40'.

Las noticias que llegaban de América del Sur, informaban de la intervención de las escuadras inglesa y francesa en el sitio de Montevideo, lo cual exacerbó en los Estados Unidos la animosidad general contra Gran Bretaña. Igual efecto produjeron los rumores que llegaban de la Habana, de que la Infanta española Doña Luisa Fernanda contraería matrimonio con el Duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, y que la pareja subiría "al trono de México" respaldada por

²"The Instructions of the Hon. James Buchanan, the Secretary of State, to the Hon. John Slidell", *New York Herald*, 21/3/1848, p. 3, c. 4.

los buques de guerra españoles, ingleses y franceses.

Muchos norteamericanos --demócratas y whigs, en el Norte y en el Sur-- apoyaron al Presidente en su postura antibritánica, y el slogan popular *fifty four forty or fight* (cincuenta y cuatro cuarenta o guerra) cundió por todo el país. "Ha llegado el momento", anunció el Presidente en su Mensaje al Congreso, "en que la nación tendrá que abandonar o reclamar con firmeza sus derechos sobre Oregon. Es obvio, más allá de toda duda, que de abandonarlos, sacrificaríamos el honor y los intereses de la patria".³

El afán norteamericano de extenderse hacia el oeste para abarcar todo el continente, apasionada y diestramente dirigido contra el antiguo enemigo monárquico, pronto se realizaría a costa de México, a la fuerza. Los norteamericanos invocaron como justificación moral, su convicción en la superioridad del sistema republicano de gobierno y su doctrina de misión y destino que precisamente en 1845 el periodista John L. O'Sullivan caracterizara como DESTINO MANIFIESTO en la revista *United States Magazine and Democratic Review*:

Nuestro destino manifiesto [es] el de extendernos y poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para que desarrollemos el gran experimento de libertad y auto-gobierno federado que nos ha confiado ...⁴

Esa doctrina del Destino Manifiesto fue la que inspiró la campaña bélica contra México en 1846-48, impulsando la imperiosa ola expansionista de Estados Unidos hacia el oeste hasta cerrar temporalmente sus fronteras en las costas del Pacífico. Dicha doctrina también inspiró las expediciones

³"The President's Message", *Daily Picayune* (New Orleans), 13/12/1845, p. 2, c. 2.

⁴Michael Kraus, *The United States to 1865*, (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1959), p. 430.

76 WILLIAM WALKER

filibusteras contra Cuba, México y Centroamérica en la siguiente década. William Walker, "rey de los filibusteros", descuelló como la personificación del Destino Manifiesto. En 1855, en Nicaragua, Walker atrajo los ojos del mundo y fue ungido *el Predestinado de los Ojos Grises*.